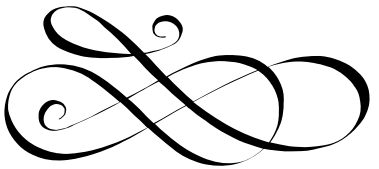
Un tropiezo existencial



Un tropiezo existencial
Esperanza Sesmero

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16359-91-2

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 Esperanza Sesmero
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Esperanza Sesmero

Un tropiezo existencial

Te caes, te levantas y aprendes a caerte

El ser humano tiene la gran manía de caerse, sí de caerse; es decir, cuando está a punto de conseguir uno de sus sueños hace que todo se desmorone de golpe y porrazo y, cuando pasa esto, el ser humano tiene otra manía..., la de desistir, la de dejar de intentarlo, porque no vaya a ser que se vaya a caer otra vez... Y así es como se empieza a dejar un reguero de sueños aparcados por el camino. Luego, siempre ocultamos nuestra cobardía por no ser capaces de seguir adelante con nuestros sueños, bajo aquel pequeño tropiezo y nos lamemos nuestras propias heridas autoconvenciéndonos de que, "bueno..., lo intentamos..., pero, no pudo ser...".

Aparte de esto, existen unas pocas personas, a las que, personalmente, les tengo una gran admiración, que no permiten jamás que un tropiezo se interponga en su camino; es decir, que si se caen, se levantan y siguen; se vuelven a caer, se vuelven a levantar y a seguir; y así, sucesivamente, hasta que ocurre una de las siguientes cosas: bien aprenden a caerse o bien consiguen su sueño.

Pero, sueños aparte, porque esto no va de sueños, todos hemos oído ese cúmulo de refranes al respecto, del tipo: *persevera y vencerás* o *lo que no te mata te hace más fuerte*;

aunque, con este último, yo tendría un poco de cuidado, porque aplicado a múltiples caídas, puedes llegar a desarrollar el síndrome del corazón de piedra, que es aquel que tiene ya tantos golpes, que en vez de romperse, se endurece y llega a un grado de insensibilidad que no hay nada que lo haga sentir; y lo malo no es que no sienta, lo malo, es que también se pierde lo bueno de sentir. Como decía, todos esos refranes o consejos transmitidos por el tiempo, como los llamo yo, lo único que vienen a decirte es que es mucho más fácil que te encuentres obstáculos en el camino, que apoyos; pero lo dicen con un tono de optimismo inusitado, para que no te rindas antes de empezar, porque nadie se lanzaría hacia delante en un proyecto con una motivación del tipo: "tú inténtalo; sí, las doscientas primeras veces te va a salir mal, pero en alguno de esos intentos, cuando ya no te quede paciencia, pues lo mismo lo consigues. Pero recuerda que la probabilidad de que no lo consigas es mayor...". Esto, motivar, motivar, lo que es motivar, solo motiva a alguien que le gusten los retos y tengas las narices de cogerle la camisa por el pecho a la vida para decirle *"aquí estoy yo".*

Pero como el noventa y nueve coma nueve por ciento de los mortales no somos de esa calaña, las motivaciones son un poco más simples, del tipo: *¡sigue adelante, que tú puedes!* Sin entrar en guerras filosóficas de ningún tipo, que ya llegaran los obstáculos del camino a explicárselo, justo cuando esté en lo más hondo del suelo.

Después de esto, solo me queda decir una cosa, si te caes una vez... ¡levántate!; si te caes dos veces... ¡levántate!, y si te caes doscientas veces... aprende a caerte, hasta que veas aparecer lo que estás buscando por el horizonte del futuro que soñaste, porque renunciar y echarte para atrás por un tropiezo, no deja de ser más que un acto de profunda

cobardía, no digno de alguien que quiere alcanzar un sueño... y solo espero que, esta última reflexión sobre la cobardía, haya provocado tanta rabia, que haga que empieces a construir lo que siempre anhelaste de niño.

La pregunta de fuego: ¿Me quieres?

Una de las preguntas de fuego, para mí, es: *"¿me quieres?"* Y una de las repuestas que más temo es un *"sí, cariño"*, en tono cansino. Si en una relación es necesario tener que preguntarle a la otra parte *"¿me quieres?",* es que muy claro no lo tienes; pero, si ya te contesta *"sí, cariño"* en un cansino tono automático, ¡date por jodida! Si realmente la relación va bien y os queréis, no hace falta esta dichosa *"pregunteja",* porque lo sabéis; puede ser que os lo digáis mucho o poco, pero cuando hay amor, no hace falta decirlo, uno se siente querido y amado por el otro, que es mejor que cualquier te quiero.

Pero, cuando llega ese momento en el que es necesario hacer esa pregunta y escuchar esa respuesta, es que, como poco y con suerte, los sentimientos están fríos o enterrados en el subsuelo. Vamos, que cuando uno de la pareja no es capaz ni de decir ni de demostrar amor y el otro anda deshojando una margarita, como si de quinceañeros se tratara, es que algo está roto y haciendo más aguas que el *Titanic*.

Además, si analizamos la pregunta, es una forma de reafirmarnos en nuestros sentimientos; es decir, no solo le estamos preguntando que si nos quiere la otra persona; si hicieran una traducción simultánea de esa expresión, vendría a ser algo así como: *"Yo te quiero cabronazo, ¿y tú? Eh ¿Y*

tú?... Porque no es solo una pregunta, es una amenaza. Le falta terminar con algo así como: *"Si me dices que no, ¡atente a las consecuencias!"* Por eso decía que temía tanto a la respuesta del *"sí, cariño*", en tono automático y cansino, porque es lo que se contesta, por contestar, por decir algo que agrade a quien te lo pregunta; es ese "*sí"* que dices por no decir otra cosa, porque no te queda más remedio, ese *"sí, cariño"* es la rutina hecha expresión, es la peor de las indiferencias, porque es decir *"sí"* por no callar. Ya que, si hay alguna respuesta peor aún a esa pregunta, no es un *"no",* es un silencio, un silencio sepulcral que viene a decir que ya la rutina y la indiferencia es tal, que prefiere ni contestar; no te dice que no te quiere, porque aún queda el respeto y el cariño por los buenos momentos vividos juntos. Ese silencio es el mayor de los *"noes";* después de eso, es hora de pensar que no vale la pena luchar por algo que está hundido en las profundidades; y si decides bajar a esas profundidades a rescatarlo, recuerda que la recuperación hasta salir de nuevo a flote, será peor y más cansada que una recuperación de tres operaciones seguidas a corazón abierto.

Pero bueno, no nos vamos a poner en tono ni pesimista ni melancólico; esa pregunta sí tiene una buena salida y una buena solución; porque, también hay que decirlo, a veces se hace simplemente porque uno de los integrantes de la pareja, por causas ajenas a ésta, tiene un bajón anímico importante, una crisis existencial o la de los 30 o 40, etc. Si realmente la pregunta sobra en esa relación, la única contestación posible es más sencilla que todo lo anterior, un beso; sí, un beso de esos que lo dicen todo sin hablar y de los que no te queda aliento ni para decir sí o no, simplemente, callar; un beso del cual no crezca una duda. Si al hacer esa pregunta, te ofrecen esa respuesta, piensa que eso vale más que cualquier *"hasta que la muerte nos separe",* dicho ante un cura en un altar.

El día de San Valentín

San Valentín... ese fantástico día, donde nos da por celebrar el amor. El amor que, por otro lado, todo hay que decirlo, puede ser que el resto del año no lo veas ni por casualidad. Sí, porque puede que la situación actual de tu relación sea de total tedio e indiferencia, que más que pareja, parezcáis primos hermanos; pero, como en San Valentín no se le ocurra hacer algo especial, acompañado de algún regalito... ¡la ha cagado para todo el año! Se la tendrás jurada hasta la próxima fecha memorable en vuestra relación, sea cumpleaños, aniversario o lo que sea, que más le vale que lo utilice para redimirse de su "fatal" error del día de San Valentín.

Quien inventó San Valentín, que no fue el amor ni el santo, sino un director de marketing inspirado, no buscaba que nos demostráramos lo que nos queremos; buscaba lanzar una campaña comercial, basada en los sentimientos, que así nos hace más vulnerables a su mensaje y, por otro lado, meternos en un lío de los que solo se sale difícilmente y a duras penas.

Es muy curioso ver cómo llega un hombre a una joyería, pastelería, tienda de regalos, perfumería, etc., el día de San Valentín, a comprarle un regalo a la que es su pareja desde hace más de diez años y resulta que el señor no tiene ni pajolera idea de qué es lo que le gusta a su pareja; pero, ni idea ni idea de nada... Cuando le pregunta el dependiente qué es lo que más le gusta a su mujer, pone cara de susto, encoge

los hombros y dice: *"no sé..., lo que se lleve este año..., el más caro"*; y, así, lo arreglan. Siempre piensan que, con algo caro, van a ser capaces de compensar la falta de cariño de los 364 días del año que no es San Valentín. A mí, personalmente, un regalito caro, comprado con ese *"espíritu"* enamorado, se lo puede guardar donde mejor guardado esté, que a una puesta de sol en un parque o en una playa, por más caro que sea el regalo, nunca se le equiparará en valor.

Las mujeres, para solucionar este pequeño inconveniente, que es el invento del día de San Valentín, lo hacemos de otra forma, porque qué regalo puede ser más romántico que un "bonito" y "práctico" paquete de calcetines o de pañuelos o una corbata o el perfume que usa a diario... ¡qué romanticismo! Y luego nos quejamos que ellos no son románticos... Vamos a ser sinceras, si un tío nos regala algo práctico, que se prepare porque le esperan veinte días de indiferencia , dos meses de reproches y cerca de un año durmiendo en el sofá; pues no somos nosotras nada, cuando nos enfadamos por estas cosas. Sin embargo, si lo hacemos nosotras, no pasa nada, porque sabemos lo que realmente necesitan... ¡Yaaaaa!... Lo sé porque, en toda discusión que se precie, siempre acaba diciendo el hombre a la mujer: "es que tú siempre tienes la razón en todo..." ¡¡¡Todo viene del día de San Valentín!!!

Si es que, vamos a ver, no tiene ni pies ni cabeza poner un día para celebrar el amor. Le falta la coletilla de *"porque el resto del año ni nos acordamos";* eso solo puede traer problemas. Es igual que cuando aparece tu pareja con un ramo de flores, así, porque sí; ¿qué es lo primero que piensas?: algo ha hecho; pues esto es igual. Poner un día en el calendario para celebrar el amor solo puede ser porque algo hemos hecho o, mejor dicho, algo hemos dejado de hacer, para que sea necesario recordar que nos queremos... todo tiene su causa y su efecto.

¿No habéis visto que, normalmente, las parejas estas de tortolitos enamorados, no celebran con tanto ahínco ese día? ¿Por qué? Porque ya saben que se quieren y con pequeñas cosas lo celebran a diario. Sin embargo, las parejas más distantes son la que, a veces, ponen todo el empeño para que "sea un día especial" y, cuanto más empeño le ponen, ¡peor!; porque, con el empeño, aumentan las expectativas de que todo salga bien y, con ello, la probabilidad de que acabe saliendo mal. Los tortolitos no necesitan todo esto; ya saben que se quieren, sin tener que celebrarlo.

Así que, después de todo esto, solo me queda decir una cosa: "más valen muchos pocos, que pocos muchos", porque un día a día, hace más que la expectativa de celebrar un momento, que es tan "espontáneo", que le han puesto fecha en el calendario.

Siempre encuentras lo que no buscas

Es así; en el amor, siempre encuentras aquello que nunca buscaste. Que te gustan altos(as), morenos(as) y de ojos oscuros, con una probabilidad del noventa y nueve coma nueve por ciento, el tío/tía con la que tengas la relación más estable de tu vida, va a ser bajito(a), rubio(a) y de ojos claros; es así, es la forma que tiene la vida de indicarte, sutilmente, que lo mismo te has pasado los último veinte años buscando en el sitio que no es.

No estoy totalmente de acuerdo en eso que dicen que el amor es ciego, pienso que más bien es tuerto, y me explico: con un ojo, ve la realidad y, con el otro, ve la ilusión. Durante años, nos da por soñar con la pareja ideal y tendemos a imaginárnosla a nuestro lado, de tal forma, que hay una gran coordinación estética entre los dos; esa frase tan famosa que viene siendo *"es que no sé quién me pega de pareja"* o, en un tono más serio, el típico "*hacen buena pareja"*. Bueno, pues si hiciste esto... ¡olvídate! Tu pareja será lo más parecido a lo que nunca soñaste y lo más disonante, estéticamente; traducido al lenguaje cotidiano, el *"no pegan ni con cola".* Pero es que, para esto, tenemos al otro ojo; el bueno nos hace ver ilusiones y, el otro ojo, el malo nos hace caer en la cuenta de la realidad. Lo único que, al principio, es mejor verlo un poquito borroso, porque cuando lo ves todo

claro desde el principio, es cuando acabas preguntándote: *"pero, ¿yo que hago con éste?".* Siempre viene bien que el enamoramiento lo cubra todo con su tupido velo, haciéndonos el ojo tuerto y haciéndonos esa realidad que nunca imaginamos más digerible, poco a poco.

Asimilar un cambio de ilusión, así, tan de golpe, es más jodido que asimilar un cambio de realidad, porque la realidad es lo que tienes y puedes cambiar, pero la ilusión es lo que soñaste tener y, ahora, tienes que cambiar esos sueños, cosa que no es tan fácil como cambiar un mueble. Digamos que lleva un proceso un poquitín más amplio, en el que, después de atravesar así como cien crisis existenciales, cincuenta tardes de domingo deprimida, veinte atracones de chocolate y mil veces preguntándote *"¿por qué?"*, te autoconformarás con un: *"lo que tenga que ser, será; que si es así, por algo ha de ser"*; un bonito juego de palabras, para decirte a ti misma que lo que soñaste un día, sueños son y que lo que de verdad necesitas no es el príncipe azul que creías, sino, más bien, un sapo gracioso que te alegre la existencia y, poco a poco, te acabas conformando con aquello que nunca buscaste.

Por todas estas cosas, yo siempre he pensado que el amor no se busca, se encuentra. Tú puedes hacer tropecientos mil esfuerzos para encontrar a esa pareja fantástica y maravillosa, con la que siempre soñaste, que lo que acabas encontrando es una cosa bien distinta, porque de lo que imaginas a lo que realmente es, hay un abismo mayor que el gran cañón del colorado; ese exceso de expectativas es lo que hace que, cuando te estés adaptando a lo que realmente te ofrece la vida, te des cuenta de que nunca necesitaste un caballero andante, que sea más presumido que tú, se arregle más que tú, sea más listo que tú y un montón de cosas más que tú. Te das cuenta, que lo que necesitas no es esa pareja ideal, tirando para príncipe, que es estupendo en

todo; lo que necesitas es esa persona normal, tirando a sapo gracioso, que complementa lo que a ti te falta y *"¡oye, sí pegáis"* y hacéis buena pareja, pues ¡estupendo! y, si no, siempre te quedará decir aquella frase tan recurrida de que *"los polos opuestos se atraen".* Eso sí, nunca te plantees eso de que *"tenemos lo que nos merecemos*", mientras te adaptas a tu nuevo cambio de sueños, en cuestiones de parejas, porque solo conseguirás alargar y hacer más doloroso un proceso que, o sí o también, has de completar.

Por lo tanto y ante todo esto, mejor encuentra lo que nunca buscaste, porque será aquello que más feliz te haga, ya que el ser humano tiene el don de no ser capaz de reaccionar a tiempo, ante aquello que nos hace felices, para ser capaz de conservarlo y lo deja escapar, para de nuevo luchar por ello. Recuerda siempre, que no hay nada que nos haga más felices, que algo que nunca esperaste; en eso se basa la teoría de la sorpresa. Bueno, más bien, la teoría optimista de la sorpresa, que sorpresas hay de todo tipo.